

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION.	LA REDACCION Y ADMINISTRACION,	PUNTOS DE SUSCRICION.
Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas.	Calle de Fonollar, 24 y 26. Se publica los Jueves.	En Lérida, Administracion de
Fuera de Barcelona: un año, id. . . 4 ptas.		El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.—
Extranjero y Ultramar: un año, id.. 8 ptas.		Madrid: Almagro, 8, entr. derecha -Alicante: S. Francisco, 28, dup.

SUMARIO.

Réplica filosófica sobre las conferencias científico-religiosas del Rdo. P. D. Eduardo Llanas. VIII.—La madre.—La felicidad mútua. I—Pensamientos.

RÉPLICA FILOSÓFICA

SOBRE LAS CONFERENCIAS CIENTÍFICO-RELIGIOSAS DEL RDO. P. D. EDUARDO LLANAS.

VIII.

Termina el Padre Llanas el primer tomo de sus conferencias con una *Plática preparatoria para la comunión general de caballeros celebrada en nuestra señora de la Merced*. El asunto á que se refiere, indica claramente que el orador sagrado á de dedicar toda su atención á preparar á su auditorio para un acto religioso que nosotros respetamos como todos los formalismos de las demás religiones; por lo cual, nada diremos sobre el pan eucarístico, porque nosotros encontramos lógicas todas las ceremonias religiosas, puesto que cada una de ellas responde perfectamente al ritual que obliga á sus sectarios á ciertas demostraciones, á determinados actos que sirven de corolario al ideal que sustentan.

A la causa siempre corresponden los efectos, por el fruto se conoce el árbol; y nada más lógico, nada más natural, nada más gráfico ni más propio del catolicismo que su banquete eucarístico. En las religiones todo es armónico; y armonizan perfectamente sus principios fundamentales con sus típicas ceremonias; los unos con las otras se complementan; así pues, lo repetimos, respetamos el dogmatismo de todas las religiones, que en todos los dogmas hay su fondo de poesía, y su tinte de verdad; pero nos permitiremos hacer algunas observaciones sobre las elocuentes palabras del Padre Llanas, que despues de lamentar que sus oyentes no todos han acudido al celestial banquete, unos por sus ocupaciones, y los mas por *preocupaciones religiosas que constantemente y de un modo sistemático les alejan de las prácticas cristianas*, esclama con inspirado acento:

«En vuestra actitud fervorosa, amados míos, en vuestro silencioso recogimiento, en esas muestras de veneración y respeto con que os acercáis á recibir de manos del sacerdote la Hostia consagrada, sois indudablemente objeto de compasión y de lástima para esos hombres indiferentes, para esos espíritus fuertes, que creyéndose dotados de unas luces superiores á vuestras luces, de un criterio mas seguro que vuestro criterio, lamentan en su presunción vuestra ignorancia y vuestro abatimiento al veros prosternados ante un pedazo de Pan sobre el cual se han pronunciado ciertas palabras misteriosas. Para hombres tales, es comprensible, es disimulable, que las mujeres, allá en su docilidad y en su fanatismo, que los niños, allá en su credulidad y en su ignorancia, lleguen á creerse que el pan y el vino sobre los cuales han recaído las palabras sacramentales, se hayan convertido en el cuerpo y sangre de Jesucristo; pero no pueden acabarse, no saben persuadirse, de que hombres de

cierta ilustracion, de brillante posicion literaria, abriguen la creencia de que aquel pan ya no es pan, de que aquel vino ya no es vino; sino que en virtud de las palabras sacramentales el pan haya pasado á ser el Cuerpo de Cristo, y el vino haya pasado á ser su Sangre; como si un cuerpo humano, dicen, pudiera estar contenido en un pedazo de pan, como si la sangre de un hombre pudiera hallarse contenida en un sorbo de vino, y como si aquel Cuerpo y aquella Sangre pudieran estar á la vez en la tierra y en el cielo, y á la vez tambien en distintos lugares de la tierra. «¡Pobres caballeros! se dicen al contemplaros, ¡á qué lamentable extravío os ha conducido vuestro fanatismo religioso! ¿No comprendéis el ridículo que cae sobre vuestra frente al mezclaros con las mujeres y con los pequeñuelos, y humildes como ellos, y silenciosos como ellos y compungidos como ellos, prosternaros ante un pedazo de pan sobre el cual hánse pronunciado ciertas misteriosas palabras? Levantáos del polvo de vuestro abatimiento, serenad esas frentes anubladas por los sombríos celages del oscurantismo!»

»Señor! volved por el honor de vuestra gloria, pegad al paladar la lengua de los que así desprecian vuestros misterios.»

Fijémonos bien en estas últimas palabras, que verdaderamente son dignas de un concienzudo estudio: «Señor! volved por el honor de vuestra gloria, pegad al paladar la lengua de los que así desprecian vuestros misterios.» De manera que Dios, para volver por el HONOR de su gloria, ha de destruir á los libre-pensadores.

¿Y desde cuando acá Padre Llanas el *honor de la gloria* de Dios, ha podido ser empañado por el hálito del hombre? ¿qué es el gusanillo de luz comparado con el sol radiante? ¿qué es la pequeña gota de rocío al lado de los rugientes mares? ¿qué es el grano de arena en parangon del planeta Saturno? ¿qué es el hombre en fin ante el Autor de todo lo creado? Mucho menos que el gusanillo de luz ante el foco solar, que la gota de rocío ante los mares, que el grano de arena ante los mundos. ¿Y este átomo de la Creacion, ese compuesto de espíritu y materia llamado hombre, que ignora aun de donde viene y adonde vá, que no sabe definir á Dios ni comprende apenas las leyes de la Creacion, podrá ese diminuto sér con sus negaciones, ó afirmaciones, contribuir á la gloria de Dios?..... Acaso la gloria del Omnipotente puede adquirir esplendor ó perder brillantez, para que Dios tenga que volver por el honor de su gloria?

¿Ignora acaso el sábio teólogo que en Dios todo es inmutable? qué en él no hay nada sujeto á mudanza? qué su poder y su soberanía son la fuerza eterna que sostiene el admirable equilibrio de los mundos dentro de la órbita que cada globo se traza en su rotacion al rededor del Sol?

Y esa causa primera: ese principio de todo lo existente: ese motor que hace funcionar todas las leyes de la naturaleza: ese corazon inmenso que palpita en la Creacion: ese algo que sentimos, que admiramos, pero que en realidad aun no comprendemos, ¿es posible que las religiones lo reduzcan á proporciones verdaderamente microscópicas, y le den la forma de un sér que á de ganar ó perder el honor de su gloria como un simple mortal, y á de destruir á sus hijos ó al menos los á de condenar al mutismo, pegándoles la lengua al paladar, porque algunos de ellos no aceptan una de las muchas ceremonias en que abundan las religiones positivas? ¿No es esto, bien considerado, un absurdo teológico de primera magnitud? ¿Y luego quieren asegurar que las religiones se apoyan en la ciencia!.... si en la ciencia se apoyaran, algo más lógicos serian sus argumentos, algo más razonables sus proposiciones, algo más grandes y más sublimes sus aspiraciones, y más elevado y desmaterializado el ideal de su fé.

Ese Dios que tiene que volver por el honor de su causa, no es el Dios de a ciencia y de la verdad. Las religiones han creado sus dioses, pero están lejos, muy léjos de poder definir lo que es Dios. Por desgracia de la humanidad, la religion y la ciencia no han mantenido buenas relaciones, las dos han sido adversarias la una de la otra, aunque en el fondo muchas veces las dos han hecho la misma negacion; porque las religiones han forjado sus dioses desconociendo al Dios único, y la ciencia

ha querido en diversas ocasiones decir la *última palabra* sin recordar en su arrogancia, que la sabiduría en absoluto so'lo la posee Dios.

En nuestra época, afortunadamente, es cuando parece que se han aliado la ciencia y la religion; y comienzan á verse los resultados de esa union necesaria para el progreso de la humanidad. Escuchemos las sábias consideraciones que hace Kardec sobre la alianza de la ciencia y la religion, en su *Evangelio segun el espiritismo*, capítulo I, párrafo 8 y sucesivos.

«La ciencia y la religion son las dos palancas de la inteligencia humana; la una revela las leyes del mundo material, y la otra las leyes del mundo moral; pero teniendo *las unas y las otras el mismo principio, que es Dios*, no pueden contradecirse; si una es negacion de la otra, la una tiene necesariamente razon y la otra nó, porque Dios no puede querer destruir su propia obra. La incompatibilidad que se ha creido ver entre estas dos órdenes de ideas, se debe á una falta de observacion y al sobrado exclusivismo de una y otra parte; de esto se ha seguido un conflicto, del que han nacido la incredulidad y la intolerancia.

»Han llegado los tiempos en que las enseñanzas de Cristo deben recibir su complemento; en que el velo echado á propósito sobre algunas partes de esas enseñanzas, debe levantarse; en que la ciencia, cesando de ser exclusivamente materialista debe tomar en cuenta el elemento espiritual; y en que la religion, cesando de desconocer las leyes orgánicas é inmutables de la materia, apoyándose la una en la otra y marchándose estas dos fuerzas de concierto, se prestan mútuo apoyo. Entonces la religion, no siendo ya desmentida por la ciencia, adquirirá un poderin destructible, porque estará conforme con la razon y porque no podrá oponérsele la irresistible lógica de los hechos.

»La ciencia y la religion no han podido entenderse hasta hoy, porque mirando las cosas desde su punto de vista exclusivo, se rechazaban mútuamente. Faltaba algo para llenar el vacío que las separaba, un lazo que las aproximase; este lazo consiste en el conocimiento de las leyes que rigen el mundo espiritual y sus relaciones con el mundo corporal, leyes tan inmutables como las que regulan el movimiento de los astros y la existencia de los séres. Una vez patentizadas estas relaciones por la experiencia, háse hecho una nueva luz; la fé se ha dirigido á la razon, la razon no ha encontrado nada ilógico en la fé y el materialismo ha sido vencido. Pero en esto como en todo, hay personas que se quedan rezagadas, hasta que son arrastradas por el movimiento general que les aplasta, si quieren resistir en vez de entregarse á él. Es una verdadera revolucion moral la que se opera en este momento y trabajan los espíritus; despues de haberse elaborado durante mas de diez y ocho siglos, toca á su cumplimiento y va á marcar una nueva era para la humanidad. Las consecuencias de esta revolucion son fáciles de preveer; deben introducir en las relaciones sociales inevitables modificaciones y no está en el poder de nadie el oponerse á ellas, porque entran en los designios del Todopoderoso y son consecuencia de la ley del progreso que es una ley de Dios.

»La revolucion que se prepara es mas bien moral que material; los grandes espíritus mensajeros divinos, inspiran la fé para que todos vosotros, operarios esclarecidos y ardientes, hagais oír vuestra humilde voz; porque vosotros sois el grano de arena, y sin granos de arena no habria montañas. Así, pues, que esta expresion: «somos pequeños,» no tenga sentido para vosotros. A cada uno su mision, á cada uno su trabajo. ¿No construye la hormiga el edificio de su república y los animalitos imperceptibles no levantan acaso continentes? La nueva cruzada ha empezado; apóstoles de una paz universal y no de guerra, san Bernardos modernos, mirad y marchad adelante: la ley de los mundos es la ley del progreso.»

¡Qué hermosa ley! por ella no será un mito la fraternidad universal, por ella se convencerán los hombres que el que rinde culto á la ciencia, se honra á sí mismo; pero sigamos escuchando al Padre Llanas y veamos lo que dice al final de su plática.

«Ahí le teneis, piadosos católicos, deseoso de hablaros, ansioso de comunicar con vosotros, anhelante de manifestaros su amor y de recibir una prueba del amor

vuestro; ahí le teneis ahora y en cualquiera ocasion, siempre dispuesto á recibiros, esperándoos siempre en la soledad y en el abandono, olvidado en cierto modo de su gloria y su dignidad, solo para manifestaros su amor, solo para recibir las puras emanaciones del amor vuestro. Ahí, en las especies eucarísticas, está humillado, desconocido, anonadado.»

¡Qué Dios tan pequeñito es el Dios de la teología! ¡En las especies eucarísticas está *humillado, desconocido, anonadado!* Ah! religiones! religiones! delirios del humano entendimiento! solo vosotras podeis contemplar á Dios ANONADADO, y podeis decir en sério *que Dios ha agotado todo su poder, y toda su sabiduría en obsequio vuestro.*

Como si en Dios pudiera agotarse el poder y la sabiduría! quién esto asegura desgraciadamente debe estar ciego. No habrá contemplado los innumerables encantos de la naturaleza! No se habrá acercado al telescopio para admirar los mundos de nuestro sistema solar. No habrá mirado por el microscopio el mundo de lo infinitamente pequeño: ni habrá estudiado el orden admirable, el desarrollo vital de las especies infusorias. No habrá visto germinar la vida en todos los confines del universo. Será un espíritu que habrá vivido sin vivir, que habrá permanecido estacionado, porque sabiendo mirar en la creacion, es imposible que afirme un sábio que Dios ha agotado todo su poder y toda su sabiduría en obsequio nuestro.

¡Cuán bien dice Allan Kardec en su *Filosofia* hablando de los atributos de la divinidad:

«La inferioridad de las facultades del hombre no le permiten comprender la naturaleza íntima de Dios. En la infancia de la humanidad el hombre lo confunde á menudo con la criatura cuyas imperfecciones le atribuye; pero á medida que se desarrolla en él el sentido moral, su pensamiento penetra mejor el fondo de las cosas, y de ellas se forma una idea más justa y más conforme á la sana razon, bien que siempre incompleta.»

Y tan incompleta como es todavía la idea que los hombres se forman de Dios, con especialidad las escuelas puramente religiosas. Esas se forjan un Dios microscópico, y lo presentan á la adoracion de los fieles, *humillado, desconocido y anonadado.*

Confesamos ingénuamente que ese Dios tan al alcance de nuestros sentidos lo rechaza nuestra razon, y estamos mucho mas conformes con la idea que de Dios tiene formada la escuela spiritista, y su modo de comprender la Providencia lo encontramos muy razonable. Veamos lo que dice Kardec en su *Génesis* capítulo II, párrafo 20, y sucesivos.

«Por Providencia se entiende el amor de Dios á todas sus criaturas. Dios está en todas partes, lo vé todo, preside á todo, aun á las mas pequeñas y al parecer insignificantes cosas. En eso consiste la accion providencial.

»Para abrazar en su amor á todas sus criaturas, no tiene necesidad Dios de bajar sus ojos de lo alto de la inmensidad; para que nuestras preces sean oidas, no es necesario que traspasen el espacio ni que sean recitadas en voz sonora; porque estando en nosotros, nuestros pensamientos repercuten en él, como los sonidos de una campana hacen vibrar todas las moléculas del aire ambiente.

»Léjos de nosotros el pensamiento de materializar á la divinidad: la imagen de un flúido inteligente, universal, no es evidentemente mas que una comparacion que nos parece propia para dar una idea mas justa de Dios, que las imágenes que le representan bajo forma humana; ni tiene otro objeto que el de hacer comprender la posibilidad de que Dios está en todas partes y todo lo ocupa.

»Nosotros comprendemos el efecto, y ya es mucho; del efecto subimos á la causa, y juzgamos de su grandeza por la del efecto; mas su esencia íntima nos es desconocida, como nos sucede respecto á la causa de multitud de fenómenos. Conocemos los efectos de la electricidad, del calor, de la luz, de la gravitacion y los calculamos, aun cuando no conocemos la naturaleza íntima del principio que los produce. ¿Será, pues, racional negar el principio divino, por que no lo comprendamos?

»Nada es óbice á admitir, para el principio de la soberana inteligencia, un cen-

tro de acción, un foco principal que irradia sin cesar, inundando al universo con sus effluvios, como el sol lo inunda con su luz. Pero, ¿dónde está ese foco? probable es que no esté fijo en un punto determinado, como no lo está su acción. Si los espíritus tienen el don de ubicuidad, esta facultad en Dios debe ser ilimitada. Llenando Dios el universo, pudiera admitirse, á título de hipótesis, que aquel foco no tiene necesidad de trasportarse y que *se forma* en todos los puntos donde su soberana voluntad juzga oportuno producirse, de modo que pudiera decirse que está en todas partes y en ninguna.

» Ante estos insondables problemas, nuestra razón debe humillarse. Dios existe: no podemos dudar de ello; es infinitamente justo y bueno: esta es su esencia; su solitud se extiende á todo: así lo comprendemos ahora. Sin cesar en contacto con nosotros, podemos suplicarle con la certeza de ser oídos; solo puede querer nuestro bien, y por esto debemos tener confianza en él. Esto es lo esencial; en cuanto á lo demás, esperemos que seamos dignos de comprenderlo, cultivando sin cesar nuestro entendimiento y practicando todas las virtudes.»

Seguramente que la mejor religión, es la que nos induce á ser mas virtuosos, y creemos que el hombre se acerca á la mesa del Señor no precisamente cuando recibe el pan eucarístico, sino cuando ha verificado una buena acción. El pan divino no está en *este* templo, ni en *aquella* iglesia; la MESA DE DIOS se encuentra en todos los parages donde el hombre puede enjugar una lágrima y hacer un acto de verdadera caridad. En los hospitales, en las casas de maternidad, en los asilos de los ancianos, en las cárceles, en los presidios, en todos los lugares donde se exhalan gemidos puede encontrar el hombre el pan del alma, si sabe compadecer y consolar, si une al buen consejo la generosa dádiva.

En la época actual debe desaparecer el exclusivismo religioso; las religiones deben dejar el paso libre á la verdadera religión. Hasta ahora ha existido una duda: si el progreso mataría á la tradición, ó la tradición al progreso; más los hechos demuestran claramente, que la tradición es la historia del Pasado, pero que nunca será la historia del porvenir.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

LA MADRE.

Nace un niño; y al mirar
la madre aquel tierno sér,
con inefable placer
su vida jura amparar.

Por él vela noche y día
perenne al pié de su cuna,
y en él mira la fortuna
que Dios por su bien le envía,

Goza cuando ve crecer
á aquel ángel de inocencia;
y si alguna impertinencia
llega por fin á tener,

En su maternal cariño
ella que ama con exceso
le reprende.... dando un beso
por todo castigo al niño.

Si enferma y le ve postrado
en el lecho del dolor,
llena de horrible temor
no se aparta de su lado.

En la senda de la vida
cada paso que él va dando,
lo está esa mujer contando
de temores poseída.

(De *El Ideal Humano*.)

Después de tanta inquietud
hombre el niño llega á ser:
¡y cuánto ha de padecer
al velar su juventud!

Si el destino le separa
de esa prenda de su vida,
su alma á la de este unida
en todas partes le ampara.

Que al cielo vueltos los ojos
empapados por el llanto,
por él ruega tanto y tanto
postrada ante Dios de hinojos,

Que alcanza con su oración
que Dios le ampare y proteja:
¡Es tan sublime esa queja
del maternal corazón!

Y si en cambio de su amor
del hijo se vé olvidada,
llora y sufre resignada
sin divulgar su dolor.

Ser madre, es misión honrosa
de la mujer en la tierra:
su amor un poema encierra
de la historia mas hermosa.

JOSEFA MOLERO.

LA FELICIDAD MÚTUA.

I.

No siempre hemos de escribir sobre asuntos tristes, alguna vez se suele encontrar en el mundo un pequeño rincón donde se anide la felicidad, que modesta en sus aspiraciones, casi nunca se alberga en los grandes palacios, que por regla general se hospeda mas bien en una casa humilde. A una de estas moradas vamos á conducir á nuestros lectores; subiremos á un piso tercero de una casita situada en la calle del Cristo, calle muy apartada de los grandes centros de Madrid, y allí encontraremos á antiguos conocidos.

Como lo que contamos no es una novela, no diremos que la casa, aunque pobremente decorada, tenia en las ventanas blancas cortinas recogidas con lazos azules: en las casas de los pobres no se ven lazos y monadas, gracias que haya sillas donde sentarse.

Entremos en una sala, donde hay una mesa llena de patrones y figurines, y retazos de percal chiné, unas cuantas sillas de Vitoria, y junto al balcón hay una máquina de coser, y sentada delante de tan útil invento, está María, la hija de Nuñez, mas hermosa que nunca, porque además de su belleza física, resplandece la hermosura de un alma. Tiene una carta en la mano, que la lee con avidez, y al leerla se sonríe y besa el papel. Esto hacia al entrar nosotros acompañados de Julia. hallamos la puerta entornada, y entramos sin hacer ruido, pues Julia nos impuso silencio. Al rumor de nuestros pasos, se volvió María, y se levantó abrazando á Julia, diciendo alegremente: ¡Esta noche llega! ¡ay! que alegría tengo

—Sí, ya lo sabemos; y por eso venimos Amalia y yo, por si quieres que te ayudemos á coser, mientras tú y la muchacha arreglais la cena para salir de cuidados.

—Me alegro mucho que hayais venido, porque yo me iré á la cocina, que la chica con entretener á Manolillo ya tiene bastante. ¡Es mas pillo! ni un minuto se quiere estar en la cuna. ¿Sabes donde le gusta estar? en la calle mirando á los soldados.

—¿Y tienes muy adelantado el vestido? ¿lo podrás estrenar mañana?

—Sí, sí; le falta muy poco, nada mas que hacer estos volantitos y formarle el delantal.

—Bueno; pues vete que Amalia y yo le concluiremos.

—Qué bien, así dejaré hasta la mesa puesta. Mira: y aun tengo que peinarme, que hoy con la prisa de coser todo está como Dios quiere.

María se fué, y nosotras nos pusimos á coser á toda prisa, y antes de referir nuestro diálogo con Julia, tenemos que hacer algunas aclaraciones.

En nuestro artículo VII de la *Soledad Mútua* dijimos que Julia queria probarle á Manuel que María le amaba por él mismo, no por su dinero ni por su opulencia. Nuñez comprendió el plan al vuelo, y aunque nada dijo á Julia la dejó hacer; ésta, tuvo una entrevista con Javier y su hermano, y aquel mismo dia se dijo que Manuel habia tenido una gran pérdida en América. Julia á pocos dias nos dijo muy seriamente que su inocente mentira se habia convertido en una triste verdad, porque Manuel se habia quedado reducido poco menos que á la miseria con la pérdida de una fragata, y el incendio de la mejor posesion que tenia en Santiago de Cuba. Lamentamos aquel fracaso, porque Manuel es uno de esos hombres simpáticos por excelencia, que á cada uno le habla en su lengua, y se hace querer de cuantos le tratan. Avelina se apesadumbró sinceramente por la ruina de su cuñado, pues para acabar de coronar la obra, quebró la casa donde él tenia puesto cuanto metálico poseia, y entonces sí que se quedó completamente pobre. Avelina como le estaba muy agradecida á Nuñez por el mucho bien que le habia hecho, sentia que la hija de éste no se pudiera casar con Manuel, que se quedó como dependiente en el escritorio de su hermano, diciendo que estaba tan harto de trabajar y de perder, que con

ganar lo mas sucinto para vivir ya tenia bastante; y como no pensaba casarse, no necesitaba crearse una nueva posicion.

María entre tanto seguia queriéndole cada dia mas, y cada dia estaba él mas cariñoso con ella, pero sin decirle nada de particular, al contrario, muchas veces le oimos decir que para él todo se habia acabado en el mundo; y Maria nos decia despues: «Y para mi tambien, porque si no me caso con él, no me caso con nadie.» Y se conocia que estaba verdaderamente decidida por él, porque dejó de ir á paseos, á teatros; todas sus glorias era ir á casa de Julia, allí le pedia á su madre que la protegiera y recibia comunicaciones de ella que se las leia á Manuel, y éste la miraba, diciéndole con los ojos, lo que le negaba con los lábios; y así estuvieron algunos meses, hasta que un dia Julia le entregó á María una carta de Manuel, en la cual le decia que no era prudente que se siguieran tratando, porque siendo él tan pobre, y ella tan distinguida no queria unirla á su triste suerte; que lo olvidára, que siendo jóven y hermosa encontraría un hombre que le ofreciera mejor porvenir.

María al leer estas líneas lloró amargamente, y de resacas de aquel gran disgusto hubiera enfermado, si Julia no hubiese puesto eficaz remedio, obligando á Manuel que pidiera á Nuñez la mano de su hija. Tres meses despues, la aristocrática niña se unió á Manuel creyéndose la más dichosa de las mujeres, celebrándose la ceremonia sin fiesta alguna, porque Manuel dijo terminantemente que no queria á nadie en su casamiento, que él no ganaba mas que veinte duros y no queria lujos ficticios que luego no podria sostener; y aun más, que no queria que Nuñez les diese nada; que solo en un caso de enfermedad aceptaría alguna cosa.

María á todo se convino, porque para ella en el mundo no habia mas que Manuel, y la niña acostumbrada á todos los caprichos de la moda, se casó sin estrenar un traje el dia de su casamiento. Al salir de la iglesia, fuimos á casa de Julia que habia sido la madrina, y nos obsequió con un buen refresco, y acompañamos á los novios á su casita de la calle del Cristo, donde Manuel y María vivieron dos años el uno para el otro.

Antes de cumplirse el año de su vida, María dió á luz un niño y Manuel creyó volverse loco de alegría.

Dadas estas esplicaciones necesarias, seguiremos copiando el diálogo que tuvimos con Julia mientras cosíamos los volantes del traje de María.

Quando ésta se fué, dijimos mirando á Julia: ¡Como pasa el tiempo, Señor! mañana hace dos años que se casó María.

—Sí, dijo Julia; mañana hace dos años que es dichosa, porque Manuel la quiere con delirio, y ella está loca por él. Gracias á Dios he cumplido mi deseo.

—Y que si María no se hubiera enamorado de Manuel iba por muy mal camino.

—No lo sabes bien, aquello era para verlo de cerca: era la criatura mas orgullosa y mas pagada de sí misma que te puedes figurar; todo era poco para ella; y ahora, ¡qué cambio..... tan radical! Ahora no se vé criatura ni más humilde, ni menos amiga de composturas, ni menos aficionada á salir, ni mas amiga de aprenderlo todo: ella guisa, ella plancha, y Nuñez se hace cruces, porque le parece que vé á su esposa en la persona de su hija. Hace quince dias que se fué Manuel, no tengas cuidado que ella salga ni á casa de su padre.

—Y que contento está Nuñez con su nieto.

—No lo preguntes; mas tiempo está aquí que en su casa.

—Aquí, dice él, que encuentra *la felicidad mútua*.

—Y está muy bien dicho, te lo aseguro. Manuel déjale estar en casa arreglando su palomar, y su canariera. María jugando con su hijo como una loquilla. Su padre reclinado en el sofá hojeando sus librotos de medicina, á los cuales Manolillo le tiene la guerra declarada, porque le arranca cuantas hojas puede; y por estar contenta hasta la criada, que canta todo el dia mas que un canario. Te digo que cuando vengo aquí respiro mejor.

—Pues mira que tú te puedes quejar.

—No, yo no me quejo, gracias á Dios. Enrique me quiere mucho, pero es otro

carácter que el de Manuel, le gusta el gran mundo, mucho trato, y mas de cuatro veces tengo que sacrificarme, y devanarme los sesos pensando que no falte esto ni aquello; y María nada tiene que pensar: si no tiene ropa no le importa, porque no va á ninguna parte; y yo he de pensar en estar elegante en casa y en la calle, porque Enrique es muy exigente, quiere que la mujer honre al marido; y Manuel es muy distinto, su caballo de batalla es que le quieran por sí solo; y como ve que María nada le pide, nada desea, se ha convencido que le quiere, y es un hombre feliz.

Aquí llegábamos de nuestro diálogo, cuando entró Nuñez llevando en brazos á Manolillo que es tan hermoso como su madre. Nosotros mirábamos á Nuñez y bendecíamos su santa alegría porque en la frente del anciano resplandecía el placer. El comprendió nuestro pensamiento y nos dijo:

—Sí, Amalia, sí; soy muy dichoso; le debo á Julia todo un mundo de felicidad, porque ella ha educado á mi hija y la ha hecho mujer, y mi María sonríe en el hogar de nuestra hija, y yo me siento renacer. Este niño es mi encanto. Aquí está *la felicidad mútua*. ¡Tesoro inapreciable que rara vez se encuentra en este mundo!

—Pero que amando mucho se encuentra siempre, exclamó Julia con entusiasmo.

Después llegaron Enrique con su hija Enriqueta, Javier y Avelina, y todos juntos nos fuimos á recibir á Manuel que llegaba en el tren del Norte. Nuñez nos hizo subir en un coche de familia y Manolillo y Enriqueta iban encantados mirando los caballos.

Cuando llegó Manuel, en un solo abrazo estrechó á María y á su hijo: parecía que no los había visto en un siglo. Subimos al coche, y Manuel habló bajo al cochero.

Nos pusimos en marcha, y María á poco rato, dijo:—¡Ay! Manuel! ¿por dónde nos lleva este hombre? si este no es el camino de casa ¡cochero! ¡cochero...!

—Calla tú, revoltosa, dijo Manuel; ya se yo adonde nos lleva, tengo que dar una razon en un palacio de la Fuente Castellana, y así nos paseamos. No sé porque miré á Julia que iba junto á mí, y sorprendí en sus lábios una de esas sonrisas especiales que cuentan una historia.

—Pero hombre, dijo Avelina, ahora no es hora de dar razones á nadie, estarán comiendo.

—Nó, si los señores no están; á quien tengo que ver es al mayordomo, todavía me dareis las gracias, porque vereis una casa preciosa.

(Concluirá).

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

PENSAMIENTOS.

El progreso es la mina inagotable de la creacion, y el trabajo es el gran minero del universo.

El trabajo bien ordenado, es el manantial de la prosperidad; y el ocio y la vagancia es la ruina de los pueblos.

La industria es tan necesaria á la vida, como el aire que respiramos.

El buen industrial es uno de los grandes sacerdotes que en el altar del progreso rinde culto al primer ingeniero mecánico de todos los tiempos: á Dios!

Los obreros honrados forman la congregacion cristiana, cuyo asídulo trabajo es la mejor alabanza que pueden entonar al Divino Hacedor.

El hombre que se enriquece por medio de su trabajo, es el verdadero rico de la tierra.

La nobleza de los pergaminos la dan los hombres; la nobleza del corazon la conquista el espíritu.

La tranquilidad de la conciencia es la mayor fortuna que puede poseer el hombre.

Llórame deshonrado y no me llores muerto; que los muertos viven en el Señor; y los deshonrados mueren temporalmente y son el escándalo de los pueblos.

El hombre que viste con mas lujo del que le permite su fortuna, se parece á aquel que se pinta el rostro para ocultar los efectos de un cáncer que le devora.